

ENSAYOS DE
FRANCISCO GAVIDIA



Gavidia, a los 80 años,

SOBRE LIRA JOVEN DE VICENTE ACOSTA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

PROLOGO

I

Voy entrando a la edad en que se empieza a comprender ciertos detalles que hacen sentir hondamente cómo pasa la vida: esta edad de los veinticinco años en que ya tenemos madurez para percibirnos de que asoman, llegan, avanzan tras nosotros nuevas generaciones. Que el crecimiento de otros sigue al nuestro lo sabemos desde niños: ver el espectáculo y meditar en él es lo que sin duda tiene importancia y produce misteriosa sensación. De un escritor francés, Emilio Augier, se cuenta que es una naturaleza filosóficamente perezosa, y que había oído hablar y él mismo, como poeta, había hablado del sol naciente, de los montes al amanecer, del color rosa del crepúsculo matutino, del lucero del alba, sin conocerlos. Debe de ser todo eso muy bonito, se dijo, y como a los cincuenta años de su

vida hizo el esfuerzo supremo de levantarse a las cinco de la mañana. Se convenció de que la gente decía la verdad, pero de que no la decía toda, y que la aurora tenía el *no sé qué* inexplicable, al alcance del análisis, que tienen las obras de Dios y los buenos versos.

Las cosas de la vida producen este efecto, no cuando se sabe que existen sino hasta que se ven. Me acuerdo de un primo mío, viejo, con quien yo disputaba una vez sobre si la experiencia añadía algo a mi conocimiento del mundo y yo le afirmaba impetinentemente que nada.

Mi viejo primo desesperaba de hacerme comprender qué es "la experiencia". Nadie lo había podido conseguir.

Quando se empieza a comprenderla se suspira.

El hombre siente más vivamente la llegada de las generaciones en lo que respecta al oficio. Sí, tengo vagamente idea del efecto que algunos hicimos, cuando escribimos nuestros primeros versos, en los mozos migueleros que se repartían el campo de las letras, allá por el año de 1878. Estos notaron nuestra llegada —¡Ah! decían, Uds también hacen versos, y pagaban mal nuestra admiración.

Recuerdo que uno de ellos rehusó publicarme una letilla cuyo ritornelo había tomado, poniéndole las comillas respectivas, de Meléndez Valdés:

*"Tus lindos ojuelos
Me matan de amor".*

Pretextó aquel personaje que mis modelos literarios ya no estaban en boga: que leyese a Velarde (Don Fernando)

Tomé el consejo y llevé a otro poeta unos dodecasílabos de cesura bien marcada, en que se decía de una mujer:

Se yergue altanera como el eucaliptus . .

Fueron también rechazados.

Y aquí paró la digresión, pues no está bien que de los principiantes de trece años se burlen los principiantes de veinticinco.

No callaré que estos desaires me contrariaban. Andando el tiempo tuve mi desquite con Vicente Acosta. Me envió unos sáficos adónicos, desde Apopa, pueblo natal del bardo.

II

Fue esto por 1884. Ya en 1882, había hecho mi ingreso a la capi-

tal, conocido el Palacio Nacional, la Artillería, la Casa Municipal, y a don Juan Cañas, Bernal, Bonilla, Manuel Herrera, de los mayores; a Joaquín Méndez, Enrique Martí, Plácido Peña y otros, de los jóvenes; cuyos versos me eran conocidos.

¿Cómo no iba a conocer:

*Se va el vapor para la patria mía.
Yo tengo una arpa con alambres de oro,*

de don Juan Cañas?

Tenía en la cabeza mi pequeño mundo desconocido, que esperaba ver en la capital.

Repetía a menudo la primera estrofa de *El culto del dolor* de Bernal, y una vez puse de ejemplo de onomatopeya en clase de Retórica el comienzo de *La tempestad* del Dr. Bonilla:

*Sordo retumbo en lontananza se oye
Como en recóndita oquedad vibrando,
Y hórrida nube
En negros pelotones borbotando
Férvida sube.*

¡Ah! si todos los que pueden escribir versos o prosa entre nosotros, se hiciesen cargo de que las generaciones que les siguen tienen puestos los ojos en ellos! Si comprendiesen que podían tener a su cargo un apostolado fecundo! Serían laboriosos, serían útiles, serían grandes.

Ya no dirían que es bueno escribir cuando muchacho; ni que lo suelen hacer para matar sus ocios. Adquirirían esa conciencia de la misión del escritor, que engrandece lo que escribe, y comprenderían que el cultivo de las letras es un trabajo muy serio y de consecuencias vastas

Ya, en 1882, había conocido a nuestros poetas, y recitado en el cementerio ante el cadáver de Guevara Valdés, unos tercetos que *La Palabra* de Belisario Calderón calificó de “filosóficos”. Había ingresado además a la Sociedad literaria “La Juventud”, con dos bolas negras (en contra de mi admisión), que dije fácilmente.

Qué más?

Joaquín Méndez solía decirme: —que le diera *material* para *La Juventud*, bello periódico a que tanto debimos los aficionados a escribir y a leer.

En la atmósfera literaria que yo encontré en la capital se respiraba mucho Núñez de Arce: Espionceda y Zorrilla desalojaban sus últimas trincheras: habían pasado con Guerrero, Víctor Solís, Baltasar Zapata, Castañeda, y otros.

Galindo ya no escribía versos, estaba en Guatemala; y la falta de una columna tan importante había perjudicado a la escuela Velardista: en la recepción de Rubén Darío en "La Juventud", él y yo, le abrimos un boquete a la autoridad de esta escuela con desenfreno que pasmó a los asistentes. Nos reímos de aquello de

Cual calavera inmensa en el vacío,

Y de lo de

*En un momento de estupor ambiguo
Una salmodia funeral se oyó
Y el gran cadáver de mi amor ambiguo
En la profunda eternidad se hundió.*

Hoy no haría otro tanto. Por incompleto que sea Velarde, que lo es, —su gran imaginación hace lamentar que no pensase tan profundamente como sentía.

Acosta se ha formado al influjo de un nuevo gusto.

III

La imitación de la poesía zorrillezca era un empeño baladí, pues una poesía cuyos mayores prestigios estriban en la ideosincrasia de su creador; en el don musical propio de un poeta, en la prodigiosa facultad de decir cosas sencillas y personales con un ritmo fascinador, no es una poesía que puede fecundar muchas inteligencias y no tiene más cultivador apropiado que su glorioso dueño

Me refiero con estas palabras a la forma de la poesía zorrillezca, pues la forma únicamente quisieron asimilarse los poetas latino-americanos, ya que no tenían a la mano la Giralda o la Alhambra, o a Don Juan Tenorio y Don Pedro el Cruel, ni moros, ni visigodos, que son el alma de la poesía que tuvieron por modelo; fuera de que no he caído en el tosco error de creer que es ella una poesía sin trascendencia ni fondo, como ha habido críticos que lo afirman; pues Zorrilla es una personalidad completa, espíritu legendario, que sirve maravillosamente

a la historia condensando y salvando la poesía de las edades caballerizas españolas, precisamente a la hora en que el formidable análisis de nuestro siglo estaba anatomizando y valuando cuánto había de bárbaro bajo las cotas de malla.

Salvar las edades que parecen conservando su quinta —esencia, su alma— que es su poesía— es obra de grandes poetas, que a las veces son instrumentos inconscientes de una necesidad oculta pero lógica proveniente del espíritu fundamental, es decir providencial, de la Historia.

No es de esta ocasión explicar esta idea —por lo demás, ya expuesta por grandes plumas;— pero queríamos dar a la expresión consignada sobre el influjo de Zorrilla, la acepción con que la hemos escrito. Poesía tan amable como es la de Zorrilla, es de uso especial de creador: toda imitación suya es pálida y sin trascendencia para la poesía de Latino América predestinada a ser una gran democracia y sin espíritu legendario como España. Y lo que se dice de Zorrilla puede muy bien decirse de Espronceda. Hay más qué observar.

Los individuos, cuando al producirse en las obras literarias, no obedecen a la tendencia de encarnar ideas universales y militantes, sino que antes bien, hacen de esas obras suyas el producto de sus caprichos, de sus gustos, de los detalles personalísimos en el modo suyo de sentir y de ver las cosas, no deben servir de norma y modelo del pensamiento de los demás. Lo que también decimos de Zorrilla; y de Byron, Espronceda, Bécquer y otros, que han influido en nuestras letras. Admirémoslos sin imitarlos.

¿Se quiere decir con esto que no puedan tener buenos imitadores? Sería ir muy lejos. Quiero llegar únicamente a la conclusión de que en los pueblos cuya literatura está naciendo, los poetas a que se ha de rendir culto son aquellos vigorosos, cuya lógica, grande, eterna, original, engendra otros que pueden hasta adquirir sello propio; y que, por decirlo en pocas palabras, admiten la originalidad dentro de su misma imitación. Ya se sabe cuántas literaturas, grandes y valiosas, ha engendrado el culto por Homero: ¡cuánto ha servido el culto por la literatura griega a la moderna democracia!

La admiración que yo mismo sentía me llevó a aficionarme a distinguidos escritores amigos míos al poeta de este siglo que posee las condiciones del poeta de la antigüedad. Mi declamación interminable de sus grandes cláusulas, mi charla incesante y el ejemplo dado por medio de mis versos y mi prosa, hicieron que la admiración que desde

antes se sentía por Víctor Hugo sin mucho exclusivismo, se hiciera una pasión de la juventud escritora, hasta el punto deseado de que el que solo era para nosotros "el poeta del siglo", talvez poco leído, fuese más y menos de lo que da de sí esa desinteresada admiración: fuese, digo, "nuestro maestro".

Yo creo que dentro del radio a que Víctor Hugo extiende su influjo cabe mucho de original y que el que no toma solo su forma y su frase, puede ganar libremente las mayores alturas del arte. En todo caso, hacer de Hugo un ídolo literario, es hacer una propaganda admirable al gran credo de nuestro siglo.

Había la ventaja en esta revolución del gusto de que la escuela de Víctor Hugo, que abre tan vasto horizonte al criterio, no es exclusivista y por el contrario estimula al conocimiento de todos los escritores y de todas las escuelas. La inspiración puesta en libertad y en corazón atado a la pasión por los grandes ideales: tal era el credo que debía formarse inconscientemente en la nueva generación literaria. La lógica, pasada la poesía sólo emocionadora de Espronceda y Zorrilla, iba a ganar inmensamente, al poner en boga la tesis, el análisis y la síntesis hughianas. Ni Campoamor, ni Nuñez de Arce, ni Bécquer han perdido nada con la nueva propaganda: pero la mirada de las nuevas generaciones que vendrán y que ya llegan tendrá más campos que abarcar. La literatura universal, vista con preocupación hasta allí: el temor de aproximarse y ver de cerca la poesía de otros siglos ha desaparecido. Ya se lee, se trata de comprender, más todavía, ya hay quien sienta al Dante, y no se contente con sólo saber que es "terrible"; ya hay quien interprete a Juvenal y se convenza que ha sido pobremente calificado por los retóricos españoles que le llaman admirativamente "el cáustico": Shakespeare, Tácito, Esquilo, Shiller y con ellos, todos los colosos del pensamiento universal son ya reclamados por la juventud estudiosa que pide una cátedra en que se le enseñe a leer esos libros. Queremos conocer a Cervantes, dicen. La revolución operada en este sentido, nos tiene más contentos, por la parte que nos toca, cualquiera que sea la que se nos atribuya, que si hubiéramos sido cabeza de cien motines afortunados de los nuestros. Esta obra está en el comienzo pero su impulso es imposible de detener.

Acosta ha aparecido al inaugurarse esta revolución invisible pero fácil de ser comprobada al sólo hojear cronológicamente cualquier centón de poesías nacionales, la *Guirnalda Salvadoreña* o cualquier colección de periódicos literarios como *La Juventud* o *El Repertorio* o *La Juventud Salvadoreña*.

Para el observador no importará que los escritores sean de dieciocho a veinte y cinco años, sino lo que promete para el porvenir, y si nuestra literatura va a continuar como hasta aquí, puramente declamativa, o si se inaugura una época de trabajo del pensamiento, serio y reflexivo.

Sentados estos precedentes suplico al lector que me acompañe en el trabajo de comprobación que hallo ocasión de hacer en uno de nuestros poetas más populares ya ameritados.

IV

Desde que vi los primeros versos de Acosta le concedí el título fácil de adquirir, con que por aquí sellamos al primero que se lanza a emborronar cuatillas. Me pareció “inteligente”; lo que entre nosotros quiere decir “no es tonto”. Dichos primeros versos eran un soneto. Estaba en boga en aquellos días Joaquín Méndez: su oda a *Morazán*, su periódico “La Juventud”, el soneto que le dirigió don Juan Cañas, llamándole “pichón de águila”, formaban una nubecita de gloria sobre la cabeza del noble muchacho: el soneto de Acosta era escrito en su loa: no recuerdo lo que decía, pero sí que tenía un verso cojo. Todos los socios de la Juventud se rieron del soneto, salvo Joaquín, y yo, que entonces admiraba a cualquiera que supiese medir los versos, por parecerme esto, entonces, uno como don natural admirable. Entonces el mayor elogio que yo hacía de un *inteligente*, era:

—Sabe medir los versos.

Y es que en realidad se necesita *oído*, o sea, cierta facultad perceptiva, para escribir y apreciar la armonía del verso, como en música.

No fue poca mi desazón cuando comprendí que muchos tenían la estupenda aptitud de *medir* versos, juntamente con la de decir especiales disparates.

Sonoras le salían sus décimas a un zagalón del colegio de Martí, y con ellas hizo una considerable reputación de *bárbaro*. Para el centenario de Bolívar escribió unas que había determinado leer en el teatro. Empezaban:

*La juventud en reunión
Se presenta al escenario
A cantar el centenario
De Bolívar (Don Simón).*

Este Don Simón entre paréntesis necesita ser apreciado en lo que vale.

Desde que me persuadí de que, fuera de uno, los trece versos restantes del soneto *A Joaquín Méndez* estaban bien medidos, ya no perdí de vista, o mejor dicho, ya no perdí de oídas a Vicente Acosta. Digo eso porque en aquellos días, él era interno del Colegio Normal de Institutores, y fue preciso esperar dos años para que alguien me dijera: —Aquél es Vicente Acosta.

De cuando en cuando salían trocitos de versos, a lo Bécquer, estrofitas divididas por números romanos o asteriscos, firmados por él. Cobiaba fama de inteligente; luego se vio que él no se quería conformar con tan poco y los periodistas se vieron obligados a escribir en sus gacetillas:

“Nuestro amigo el joven poeta” . . .

Dios sabe el placer que le daría esa última palabra que perturba más la imaginación que si se tratase de un título de propiedad sobre la corona de la Gran Bretaña.

Vale la pena de referir esas pequeñas satisfacciones.

Aquel de los distintivos que nos separa los versos de Acosta de los de las escuelas que le han precedido, es que no se apasiona de la música sino cuando corresponde a una idea nueva y verdadera. El hace trabajar de consuno la armonía y la reflexión: tiende a la sinfonía mediatunda. Su pensamiento vuela muy raras veces por fantaseo y capricho como las golondrinas; sube más y bien como el halcón, con giros en que se entrevé un designio; y al romperse de la cláusula se advierte que trae consigo la presa: una idea.

Aquel tono admirativo, aquel gemir incesante, inmotivados, aquella declamación frenética y vacía de las escuelas anteriores, que ensordecía toda la América Latina, no pudo servir no como para inaugurar el apareamiento de nuestras letras. La escuela pensadora dejará a los ineptos en la imposibilidad de llegar a la fama y el aplauso; pero aun así, mostrará que ese camino infranqueado es el bueno, y por allí avanzarán con paso firme los que están llamados a adueñarse de la palma.

Y, bien que se dijese que los que han combatido a Velarde (Don Fernando), a Zorrilla y a Espronceda, en calidad de corifeos de una escuela, no tienen aún en su apoyo grandes nombres que citar, el porvenir se encargará de probar que por esta senda se llega a donde no pudieron los declamadores de las precedentes generaciones.

No es así sin embargo: el hecho que señalamos, la innovación literaria, la revolución en el gusto que hoy venimos consignando, no es local; se hace sentir en toda la América Latina. Por donde vemos que cuando nosotros aquí nos atrevimos, sin conocimiento de las corrientes de ideas de nuestro continente, a combatir los modelos de las escuelas pasadas, no hacíamos sino acertar con el rumbo que una lógica imponente iba a señalar al espíritu de nuestra literatura americana; y aceptamos fuese por necesidad que se hacía sentir imperiosamente, fuese por una casualidad feliz, pues nada o poco intervino en la resolución nuestro deliberado propósito.

Y en este movimiento continental se van destacando personalidades que afirman nuestros conceptos.

A Olegario Andrade en la Argentina, responde desde Méjico Díaz Mióñ. El mismo acento, la misma escuela vincula a ingenios de alejadas naciones pero de sociedades que obedecen a parecido impulso.

V

Convirtiendo la mirada a Centro América, el camino que sigue nuestra literatura es nuevo y feliz. Nuestra poesía gana en color y en calor. Al mismo tiempo se adquiere lo que fue un quebradero de cabeza, la preocupación de las generaciones precedentes: la corrección; no obtenida desde que se apagó el canto de Bello y de los neo-clásicos americanos.

Puede asegurarse que no hay en nuestra literatura versos que se parezcan, (sin referirnos a las condiciones armónicas y poéticas, pues poetas hemos tenido, pero no pensadores) en lo que respecta a miras universales y altas, a las que podemos copiar de muchas páginas de este libro. Abrámosle:

*De la montaña a veces en la cima fermenta,
Preñada de huracanes, la sombría tormenta
Que en benéfica lluvia se desata por fin:
Así sobre las masas las nubes se amontonan,
Y la igualdad augusta va de uno a otro confín.*

.....
Oh sabios! oh poetas.....

.....*séd de la humanidad.*
*Que el verbo en vuestros labios sea amorosa fuente,
Y podais algún día sobre la egregia frente
De la humanidad progenie grabar: Fraternidad.*

Esta es la voz del propagandista: oid la del contemplador:

*Del himno de los vientos, del soplo de las frondas
Que estremecidas tiemblan con musical temblor,
Del lienzo de las aguas, del azul de las ondas
De los astros que irradian con sereno fulgor,*

*Brota alado el gran salmo, ¡Oh Madre! que a ti eleva
Cuanto bebe en tu seno la vida: todo ser
Que siente, si a la altura su ofrenda humilde lleva,
Los estremecimientos de un sagrado placer.*

(MATER NATURA)

No pensaron, no sintieron tan profundamente; no pudieron sentir y pensar de ese modo los afiliados a escuelas que tienen por modelo a un hombre, traducido en sus versos, como Zorrilla o Velarde: piensan y sienten de ese modo, los que obedecen a un credo literario en que domina un sistema de ideas, una lógica, una estética libertadora.

La *musa reflexiva*, por decirlo así, clasifica a nuestro poeta en las filas de la escuela innovadora: en él, a pesar de sus pocos años, sólo la elección de los temas da a entender que trabajan por igual la armonía y el pensamiento, pronunciándose en un sentido trascendental, como lo prueban sus composiciones *Ultra-tumba*, *Mater natua*, *La tierra de promisión*, la oda *A la abolición de la esclavitud en el Brasil*, *A Abelardo*, *Morazán*, *Lempira*.

Cabe toda nota en el credo de esta escuela que nace de Víctor Hugo, escuela que aunque no se haya confesado y proclamado, no podrá ser negada en su manifestación, y cuyo influjo, como se comprende, no es el de suscitar imitaciones del estilo del maestro, sino desvirtuar muchas preocupaciones y abrir más campo que el concedido por la vieja retórica a la imaginación y al criterio.

Como hemos dicho antes, la facultad imitativa que forma a los poetas, y que ocupa su juventud, no los encadenará más a una personalidad dada: entran en su formación todas las personalidades literarias, cuyo influjo, andando el tiempo, llegada la madurez, hará una personalidad definida.

Por ejemplo, pruébese esto en Acosta leyendo sus composiciones especialmente subjetivas, tales como *Sombra*, *Contrastes*, *Secretos*,

Sotto-Voce, Adormidera, La gota amarga, Nieblas, donde ni Bécquer, ni Heine, ni Baetrina pueden reclamar exclusivismo en su favor; pero en donde entran todos ellos y otros además de ellos. Y así en otros géneros de poesía.

Poeta dulce, de grandes dotes descriptivas, parecería que por estos síntomas de su vocación podría ser indiferente, como son de ordinario los de ese género, a los sufrimientos de la patria y a las caídas de la libertad. La escuela pensadora obedece a la idea de verdad y a una pasión redentora. En los versos de Acosta no falta la nota militante y la indignada. En tiempos aciagos la poesía tiene reticencias que le dan una fuerza relativa a la comprensión en que vive el espíritu. Las composiciones *Orto, Gritos, Simbolismo*, revelan en nuestra juventud —esto pasa en toda Centro América— una explosión contenida por esa montaña, que a cada rato está temblando, de nuestra mal construida República hindo-hispana.

VI

Hasta aquí hemos visto cómo ha contribuido a la formación del joven poeta una nueva tendencia. Veamos en breves líneas lo que había puesto en él la naturaleza.

Versos armoniosos, dulzura, suavidad, corrección no afectada, imaginación de propensiones delicadas, seriedad y gusto aristocrático, es su contribución espontánea en los elementos que informan su personalidad.

Acosta, como hemos dicho, es joven, tendrá veintitrés años.

Yo no me canso de decir a cada uno de mis jóvenes amigos lo que me digo a mí mismo: espera. El hombre madura como las uvas. Entonces se produce el buen vino.

Esa es la regla para no matar el entusiasmo y la modestia. No por eso carece de importancia el trabajo de hoy día. Y esa importancia atañe no sólo al poeta, sino también al país.

Los versos en que creo ver despuntar la futura personalidad de Acosta son fáciles de apercibir en este libro.

Aunque en un poeta de excelentes aptitudes como Vicente Acosta, sus talentos manifiesten en todos sus versos, algunos hay en que se advierte el genio propio y el camino que con los años seguirá su natural numen.

Yo no podíé precisar todos los pasajes con que se puede fortalecer una observación que necesita pruebas delicadas escogidas con mucho tiempo y gran perspicacia. Una palabra, una imagen, la construcción especial de una frase, son los datos que servirían para formular un juicio. El poeta solamente podía comprender y confirmar la razón de un juicio basado sobre tales pruebas, que serían hechas prolijas y minuciosas para el lector. Pondíé sin embargo un ejemplo.

Es una composición de mérito especial la que se titula *El festín de Macbeth*.

Y en ella veo la originalidad de Acosta, en la fuerza y bizarría de la expresión del último verso, estrofa IV, donde dice de Macbeth:

*Ya oprime el labio el borde
De la dorada copa,
Ya se aleja el pesaí :*

*Lady Macbeth sonríe: huye la obscura noche;
Mas al volverse Macbeth al sitio, en sangre roja
La cabellera, Banquo, un espectro, allí está!*

La facilidad del poeta y la consistencia de su inspiración se pone de manifiesto en su composición *Boceto*, donde hay pinceladas de la escuela francesa de Cátulle Méndez y Juan Rameau

*Allí estaba la estatua blanca y pura,
Inmaculada flor de mármol, viva,
Que radiosa brotó de la locura
De yo no sé qué artista, y qué cautiva.*

.....
*Me puse a contemplar en mi embeleso
Aquella creación que enloquecía,
Aquella boca en que dormía el beso.
Aquellos ojos de mirada fría,
Recogido el cabello en gruó espeso*

.....
*Era la hora serena y perfumada
En que el sol tras la tierra apenas arde
Y en que, flotante, ideal y enamorada,
Náufraga en mar de luz, muere la tarde.*
.....

*Mi mano fue a posarse irreverente
Sobre la diosa inmóvil: sentí fría
La caricia del mármol esplendente
Que en mis dedos el hielo difundía.*

Tanto como estos versos son hermosos, las estrofas Tsyla; son de suavidad y perfección irreprochable: asistimos con el poeta a un baile: una bella de diez y siete años va arrebatada por la ráfaga del vals, como la espiga de la juventud a que empujase el querubín Cupido, soplando magistralmente a dos carrillos.

*Pasó ante mí como pasa
Una hada, un silfo... algo leve:
Ver creí un lirio de nieve
Náufrago en ondas de gasa.*

.....
*Rubia, el seno de alabastro
Velan vaporosas tules
Y hay en sus ojos azules
La serenidad de un astro.*

*Al vals rápido se lanza...
Ya llega, ya desaparece...
Su sombra se desvanece
En los giros de la danza.*

*Con brillante profusión
Vierten en rubio tesoro
Su raudal de luces de oro
Las arañas del salón*

.....
Melancólica estás, Tsyla...

La joven está triste. Todos hemos visto a esas frenéticas y divinas valsadoras cuya faz anima un goce crepuscular, y todos hemos pensado con el poeta:

*.. al verte, flor de belleza,
Pensé que el destino unía
Tu dulce melancolía
Con mi insondable tristeza.*

Yo vi una vez, en un baile del Teatro, al de la tienda de ultramarinos de la calle . . . alicaído y meditabundo. Sé de sus costumbres que toma siempre en el almuerzo libia y media de grasa de jamón.

De igual pureza de armonías y de inspiración igual es la poesía *En la playa*. Remito al lector a la página 109, pues si copiara todos los rasgos bellos, de los que delinean ya la fisonomía de Vicente Acosta, tal como será un día, pondría a contribución muchas páginas de este libro, que el lector tal vez quiera estienar aplicándoles el criterio propio.

La composición *Armonía* es nuevo testimonio de la facilidad y cadencia de los versos del poeta. Pero sobre todo, sus estrofas *Soledad*, le muestran dueño absoluto del sentimiento profundo de la elegía.

Oigámosle:

*Yo he escuchado en la noche la disuelta
Sinfonía de un salmo nunca oído
Que en olorosas ráfagas envuelta
El viento de las cumbres me ha traído*

*Extraña mezcla de himno y de elegía,
En notas se destrenza de la altura
Cual si volcase una urna de armonía
Dios, sobre el manto de la noche obscura*

*Y se extiende y ondula y se dilata
En el hondo confín, triste y lejano
Como vaga y doliente serenata
En la atmósfera tibia de que emana.*

*Tiene la suave gradación de una aria
Que en las alas del ritmo se adormece,
Algo de imprecación y de plegaria,
De lamento y blasfemia, que estremece.*

La composición *Estrofas*, y otras que sin duda se me escapan, son la inauguración de una rima caudalosa

Otras hay en que predomina una gracia y una languidez, que Acosta gusta de balancear en los versos de arte mayor, que dota de encanto y molición, como en *La Donna Móvile*.

*Brillaba en el cielo la pálida luna,
Perfumes regaba la brisa al pasar:
Y estábamos juntos y estábamos tristes,
Y tú entre mis brazos rompiste a llorar.*

Encuentro en este libro muchas composiciones del género de las que forman la parte que el autor ha titulado. *Albums y tarjetas*. Estas composiciones, numerosas, con títulos enigmáticos, a L. M., a E. C., mi buena amiga L., a T. G., a J. M., a L. S., deben tener raro interés para el autor y para las dedicandas, en gracia de las cuales las dejamos en su misterio bajo siete llaves, a fin de que el demonio de la crítica no tropiece con ellas (es decir con las composiciones . . . y es claro, que tampoco con las dedicandas).

VII

Y ahora, para terminar, yo espero que, para confirmar mis juicios, —muchos de los cuales he remitido, para su confirmación, al tiempo— Acosta adquiera toda la fe que le debe inspirar lo serio, laborioso y grande que es el trabajo del pensamiento, —en que ayudan al poeta esos dos ángeles —la alegría y el dolor—; y que al obtener sus primeros triunfos, no olvide que son los primeros eslabones de una cadena que le ata al porvenir y a la Patria.

San Salvador, 1890.



Gavidia, visto por Toño Salazar.



IDEALISMO Y REALISMO

POR FRANCISCO GAVIDIA.

Fijemos el sentido de las palabras. ¿Qué es la realidad? Las grandes obras de a principios del siglo XIX, las de Goethe, Chateaubriand, Schiller, Víctor Hugo y Lamartine, reflejan la epopeya de la Revolución Francesa y de la era napoleónica. Todo es grande en esa época. Recordemos cómo también —la América Central se agiganta en aquellos días: Morazán es el hombre de hierro que batalla quince años consecutivos, que embiste una plaza a riesgo de pasar sobre los despojos de su familia, que el enemigo amenaza inmolar; los cientos doce cazadores de Gualcho quedan muertos “en formación” sin ceder una línea; el enemigo respetando su valor “no se atrevió a pasar sobre los cadáveres de aquellos héroes y desfiló, flanqueándolos”, dice el héroe. Los soldados valen tanto como el jefe. Esta es una realidad.

En la historia son realidades Moisés, Confucio, Sócrates, Juvenal; Tácito, Dante; Alejandro, César, Carlomagno, Codio, los Horacios; Buda, San Vicente de Paúl, San Agustín, San Jerónimo . . . Se pueden llenar varios tomos con esta empeñada enumeración. Los grandes no-

velistas o los poetas que crean tiempos parecidos, están en plena realidad. Ahora bien, la historia hierve también en malvados.

Lo que pasa en la historia pasa en la sociedad, en cuyos ignorados anales hay mucho bueno y también mucho malo.

Los tiempos que la buena literatura crea, desde Juan Valjeán hasta Thenardier en *Los Miserables* de Víctor Hugo, por ejemplo, todos son reales, porque existen en la humanidad, de quien toma el arte los componentes de sus creaciones, la virtud y la maldad en todas sus grandes manifestaciones.

Si la realidad, pues, que en absoluto, "es lo que es", en el arte "es lo verosímil", todo arte, por relativa que sea su verosimilitud, tiene elementos reales, y es en proporción, realista

Ahora bien; no hay hecho humano, y aun de la naturaleza exterior, a que no presida una idea ni obra literaria a que no presida un sistema de ideas. Detrás de toda obra literaria hay "una filosofía"

Esto quiere decir, que toda buena obra literaria, así como es realista, si lo hemos probado, es, al mismo tiempo, idealista. Tal obra se compone de hechos, de pasiones y de caracteres verosímiles, es decir, que pueden existir o han existido": éste es su realismo; pero esos elementos se combinan y forman el conjunto de la obra, según la idea, según la filosofía, que presida a su formación; éste es su idealismo.

La división hecha a ese respecto es puramente artificial: pura ilusión de óptica de los críticos; expliquemos su origen.

Los escritores franceses de a principios de siglo, Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, que llegaron los primeros, estudiaron lo sublime de la realidad: imitaron en sus obras las realidades de la Revolución y de la era napoleónica; es decir, utilizaron las grandes realidades, se inspiraron en las grandes virtudes. Comparando la realidad con una escala tan grande como la de Jacob, cuya última grada, perdida en los abismos fuese el célebre asesino de Cartouche, y cuya cima fuese el Cristo, aquellos escritores se caracterizaron por haber tomado sus conocidos personajes de las varias alturas de tal gradación, sin dejar por eso de proveerse en los abismos. Los escritores franceses que llegaron a mediados del siglo, no encontraron de los tiempos heroicos sino los desengaños: En la sociedad en que ellos vivieron no se erguía sino lo vulgar, lo feo, lo malo: quedaban atrás Aquiles y Homero. "Lo que han dicho esos grandes escritores, pensaron, es falso: tornemos a la realidad y tomamos los elementos de su literatura, insistiendo en nuestro

símil en la tercera parte inferior de la escala, creyeron que describiendo por sistema solamente lo vulgar, lo vicioso, lo brutal y lo feo, ellos eran dueños exclusivos de los elementos reales del arte. Aun así, olvidados de la faz luminosa de la historia, sus obras habían sido buenas si no hubiesen sido ellos, no extrañe el lector la expresión demasiado idealistas, malos filósofos.

Es decir, fueron exagerados en sus ideas, en su lógica; tan exagerados, que retrocedieron en la historia de la Filosofía lo menos tres mil años!

¿Qué iban a estudiar en los hombres? Sólo el crimen y el vicio y no desde un punto de vista moral sino fisiológico, orgánico, atávico, hereditario: es decir, desde el punto de vista de la materia organizada. Para esto les fue preciso no ver en el hombre sino el animal; por consiguiente, tuvieron que nivelarlo con la naturaleza exterior, con la naturaleza bruta. Y no de esa misma ciega naturaleza. La filosofía primitiva, la de la India, la de la edad prehomérica, cuando el hombre veía una ley y un dios en la bestia, se le impuso: ya no bastó la palabra realismo, se acertó con la expresión: una nueva escuela se llamó naturalista. Vino lógicamente el sistema filosófico correspondiente a esta edad primitiva, en que las leyes del Ramayana, cuyo rastro aun se ve en la *Ilíada* y la *Odisea* y en el Antiguo Testamento, dominaron a grandes escritores del siglo XIX; esa filosofía es el fanatismo materialista. Así, en Zola los personajes son máquinas: él les ha negado la libertad, que no existe dentro de las leyes de la naturaleza bruta, cubierta y conquistada por el espíritu humano. Los personajes de la escuela naturalista son perros, gatos, monos, tigres, hienas; todo lo hace en ellos la materia: todo es fatalismo, fisiológico o colectivo como en la selva, como los buitres, o en los rebaños. El panteísmo primitivo, la primera faz de la filosofía humana, se apoderó de notables novelistas, bajo disfraz científico (religioso) como en la edad prehistórica, y no era posible sin que, a juzgar por las declaraciones del pontífice naturalista, se hubiese él dado cuenta de ello, fenómeno más frecuente de lo que pueda pensarse. Pocos hombres de la historia dominan el sistema de ideas, la filosofía, buena o mala, que de sus leyes y relaciones son desconocidas mientras no llegan Sócrates o Kant y las exploran y descubren.

“La bestia humana”, “Nana”, “La tierra” son obras naturalistas como el libro de Ruth, como los *Idilios* de Teócrito, como toda la literatura que inspiran los panteísmos primitivos; con ésta diferencia, que una es ingenua y la de Zola tiene pretensiones científicas; y todas las obras que éste ha hecho producir al formar escuela, han sido escritas

con el malestar de conciencia de espíritus que viven en el siglo XIX. No se puede ser naturalista como Valmiki o como Homero, con inocencia y grandeza, después que, sobre la filosofía primitiva, el genio del hombre ha descubierto en los cielos del pensamiento nuevas verdades como otros tantos soles, nuevos sistemas de ideas como otras constelaciones; después que Anaxágoras halla el espíritu difuso en la creación y obtiene un triunfo definitivo sobre la materia fatal; después que Sócrates liberta al hombre de ese espíritu universal y crea al individuo, revelándose su personal conciencia; después que Jesucristo abre a ese individuo las puertas del infierno y lo hace inmortal en los senos de la eternidad; después que el Renacimiento le entrega como hermosa esclava la naturaleza que antes fuera su dueña y su déspota, y después que la Revolución Francesa lo arranca a la tiranía del Estado y lo hace libre en medio de la sociedad. Como toda obra literaria, quiera o no su autor, es una generalización en la escuela de Emilio Zola la humanidad se ha sentido ultrajada. Le rodeaban sus grandes ideales. La tornaban a las ligaduras de las leyes de la materia, a élla, que tanto ha luchado por ser libre! Por eso los pueblos individualistas como Alemania, Inglaterra y Estados Unidos han prohibido la entrada de los libros naturalistas.

Lo malo, pues, del Naturalismo, no son sus asuntos ni su lenguaje, iguales los hallamos en algunos pasajes del místico Dante Alighiere y del exquisito Miguel de Cervantes: más descarnados aun en Rebelais. Conocido es el desenfado muy raro, pero asaz famoso de Víctor Hugo.

El defecto de la escuela naturalista es la filosofía que la anima, su idealismo que es "demasiado" porque es retrospectivo: porque es un violento y horrible esfuerzo que atraviesa todos los dominios que ha conquistado el espíritu humano, y en pleno siglo XIX, disfrazándolo de ciencia moderna, nos impone el sistema filosófico que impera en el aduar troglodita.

Toda literatura, pues, es, ante todo, idealista: y al mismo tiempo, y forzosamente, realista. Su bondad depende de su filosofía.



Gavidia, condecorado por la Asamblea Legislativa.

LA INFLUENCIA DE LA LITERATURA EN LAS CARRERAS PROFESIONALES

POR FRANCISCO GAVIDIA

Y a hemos oído hablar a personas ilustradas, con un tono de profundo desdén, del estudio de las bellas letras. Para estas buenas gentes, la literatura significa algo tan secundario al lado de las ciencias de aplicación, que viene a ser materia de recreo, puro adorno de las personas educadas, cosa de un orden puramente inútil.

Sin embargo, este es el vacío más grande que puede señalarse en los estudios que hace nuestra juventud. Tan grande es ese vacío, que a más de un lector extrañará esa proposición, porque ciertamente no todos podrán comprender la importancia de lo que es objeto del menosprecio inepto de la mayoría.

El estudio de la literatura de que nosotros hablamos, no tiene por objeto formar escritores o novelistas; menos poetas; porque a unos y

otios forma la naturaleza con privilegios que el hombre es incapaz de suplir, no nos referimos a ésto, sino a las pocas o ningunas nociones de literatura que acompañan por lo regular a nuestros abogados, médicos, agrimensores, etc. Hay que saber que todo el curso de ciencias no deja en la inteligencia tanto poder lógico, como el conocimiento de un buen poema. He aquí algunas palabras a este respecto, y no de un poeta, sino de un naturalista, químico, hombre de números, por consiguiente. “Que se recuerde la historia de los hombres que más han extendido el dominio de las ciencias, dice Jorge Cuvier, y pronto se verá que es necesario más de lo que se cree, para aprender a discernir, el nutrirse con libros que no pasan más que como bien escritos de ordinario. En efecto, los primeros elementos científicos quizás no nos ejercitan en la lógica lo bastante, precisamente porque son demasiado evidentes, y sólo profundizando los asuntos delicados de la moral y del gusto, se adquiere esa fineza de tacto que únicamente puede conducir a los grandes descubrimientos”.

Y es que para los grandes descubrimientos no basta la evidencia, no basta el sentido común, se necesita un sexto sentido, una lógica poderosa que cona escondida en el seno de la armonía artística, así en pintura como escultura, como en todas las artes liberales, y más aún en poesía, —no es otra cosa que sensibilidad. ¡Quién lo creyera! Esta facultad que parece la más vecina a la animalidad, es la fuente de las intuiciones, de las verdades ocultas, de las revelaciones. El discípulo de Aristóteles, Alejandro Magno, duerme con la *Ilíada* y el sable bajo la almohada. Esa es su táctica militar. Allí no encuentra, por supuesto, sino la intuición del más alto heroísmo, el secreto inexplicable de la victoria.

Doscientos años antes de que se descubriera el más científico sistema que se ha empleado para curar la locura, Cervantes lo había expuesto sin discrepar un ápice en la manera que usó para curar a su gran loco, nuestro Don Quijote de la Mancha. Este es el don de doble vista del genio. Avellaneda concluyó su *Segunda Parte de Don Quijote*, llevando al Caballero de la Triste Figura a un manicomio de los de aquel tiempo, donde cadenas y gillettes, palos y miseria hacían de los enajenados algo peor y más lamentable que los brutos. Este clérigo atrevido se había hecho cargo de un asunto descomunal, que sus manos echan a perder sin remedio. ¡Si por inepto se hubiera guardado de insultar al peregrino ingenio, a quien trató de emular insensatamente! Cervantes halló más natural, más sensible, hacer morir a Don Quijote en su tierra, en su casa, en su cama, y hacerlo morir llana y cuerda-mente. Esto era preciso, porque la muerte de un loco, la muerte de Don

Quijote, por fuerza tenía que pasar la línea que separa lo cómico de lo trágico. No se concibe a Cervantes pintando a su loco que se le muere, que se le muere delirando. Esto es propio, o de una tragedia, o de un apunte de hospital; pero la comedia que prevalece en toda la obra desaparecería inmediatamente: Cervantes no desentona jamás. Hacerlo morir es el final de la obra. Para esto, pues, es necesario que muera cristiana y cuerdamente. Esto es lo más sencillo. Pero Don Quijote está loco; loco rematado. He ahí una sencillez irrealizable: una sencillez, para llegar a la cual es preciso salvar abismos. El genio los salva. Cervantes cura a *Don Quijote*, y esta curación arranca aplausos a la ciencia dos siglos más tarde. Cuando lo ha curado, lo mata. Con lo cual no hemos querido probar que todo poeta sea hombre de ciencia. A Cervantes le han achacado falta de instrucción. Sabido es lo que nosotros no creemos: que Cervantes no podía sumar. En cambio les llevaba la ventaja de que conocía el latín, a Molière, y a Shakespeare. Los latinajos macarrónicos de las comedias de Molière eran obsequio del amigo Boileau. El autor favorito de Shakespeare era Montaigne; como el trágico, autor de Hamlet, no sabía el francés, leía al gran filósofo Gascón en una traduccioncilla que pudo procurarse.

Por lo demás, es bueno hacer saber, y aquí volvemos a tomar el hilo de nuestros razonamientos, —que el hecho de que las verdades científicas salten cuando menos se piensa dentro de un torrente de versos que la inspiración precipita desde alturas escarpadas, tiene una explicación muy posible de desentrañarse.

Así como Cervantes curó por el sistema homeopático de Hanne-man, doscientos años antes que éste naciera, así Shakespeare se anticipó a la ciencia cuando señaló como uno de los indicios de que una mujer ha enloquecido de amor, la circunstancia de que hable obscenidades: Ofelia las dice, y gúesas. Es admirable el empeño con que estos dos genios, Cervantes y Shakespeare, se inclinan sobre ese problema espantoso que se llama la locura. Don Quijote, Cardenio, el Licenciado Vidriera, el protagonista de *El Curioso Impertinente*, el *Celoso Extremeño* y algunos que no recordamos de Persiles, personajes de Cervantes, unos son locos, otros, grandísimos monomaniacos. El Rey Lear, Ofelia, Hamlet, el rey del *Cuento de invierno*, Cáliban, personajes de Shakespeare, unos son locos y otros monomaniacos, asimismo. Otro punto de contacto, éste ya señalado por los críticos, es que *Hamlet* no es otra cosa que el *Orestes* de Esquilo, tanto en el asunto como en los caracteres, no habiendo sido conocido el trágico griego por el inglés; y que a la tragedia Numancia de Cervantes, no se le halla parecido por lo que respecta al plan si no con las tragedias del mismo

Esquilo. Estos datos no son acumulados sin objeto. Tenga paciencia el lector. Se sigue de ésto, de esas coincidencias maravillosas, ya de la creación poética con la creación poética, ya de la creación poética con el descubrimiento científico, que las imaginaciones poderosas suponen una lógica formidable en igual grado; y que el hombre de ciencia que no desenvuelve sus facultades poniéndolas en contacto con el genio, tiene el entendimiento tapiado y cerrado a la armonía con que la verdad preside al cumplimiento de leyes profundas.

Por lo demás, si se nos permite hacer una tentativa para explicar técnicamente el fenómeno de estos encuentros del arte con la ciencia, y por qué el cultivo de la literatura dota de tan maravillosa delicadeza a la lógica de los escritores-artistas, diremos que estriba en el grandioso cultivo que éstos hacen de la *verdad relativa*. Y bien; la verdad relativa en Retórica, equivale a la *hipótesis* en Filosofía; y ya sabemos el papel que la hipótesis desempeña en el estudio y progreso de la ciencia. Esto es lo que no sabe el vulgo, cuando dice que los poetas sólo dicen quimeras y mentiras. ¿Sólo el vulgo? ¡Santo Dios! Cuando nos ponemos a pensar que Platón, opinando que la *verdad relativa*, la hipótesis artística, era perjudicial a los pueblos, puso a los poetas en la frontera de su República; ¡eso sí, coronados de laurel! ¡Filósofo!

¿Era otra cosa que una hipótesis poética, tu misma república?

Los teólogos del renacimiento eran, en suma, más literatos que hombres de ciencia, aunque de todo la picaban. Miguel Servet, teólogo, descubre la circulación de la sangre. Para qué citar más: los grandes hombres de ciencia son grandes conocedores de la literatura; si no, no hay profundidad, no hay para ellos camino abierto en los bosques sagrados. Quien haya leído a Flammarión puede juzgar si en él hay equilibrio entre el astrónomo y el conocedor de las letras. ¿Cómo de otro modo podría él estar viendo a Dios a través de la naturaleza? ¿Puede subir la ciencia más alto? Y ya se deja concebir que no se puede subir a esa altura sin ser gran moralista y que no se puede ser gran moralista sin ser gran filósofo, y no se puede ser gran filósofo sin ser gran conocedor de la literatura. Los libros sagrados de que arranca toda la filosofía cristiana, son pura y alta literatura. El libro original de Job fue escrito en verso. Solón ponía sus leyes en verso. El más gran legislador, como lo vemos en Plutarco, era asimismo un gran literato. Nunca se concibe la verdad más armoniosamente, es decir, con más profundidad, como cuando, al condensarse el pensamiento, la idea baja, y la forma material de la palabra sube, para al encontrarse, fundirse ambas en esa chispa que se llama verso. Este es el fenómeno que

se produce en el genio. Todas las tendencias sociales modernas, todo el derecho actual se encuentran ¿dónde? en *Los Miserables*, obra de un poeta ¡qué poeta! El jurisconsulto o el publicista que no ha leído, o no comprende ese libro, téngase por desgraciado.

¿Puede haber quien pretenda tener medianos conocimientos de historia, sin tenerlos en literatura en igual grado, por lo menos? ¿Puede concebirse a Atenas sin haber leído a Aristófanes? Aristófanes completa a Plutarco. Y ojalá este último fuera, siquiera conocido entre nosotros. Y a Roma, ¿Quién pretende conocerla, sin haber leído a Juvenal, a Horacio, a Propertio? La historia que el aula pone a nuestra disposición, no es sino letra muerta, puro esqueleto. La vida de esos pueblos, sus costumbres, su filosofía, es decir su alma, está en sus literatos.

¿Cómo, pues, vaís a comprender la Revolución Francesa, sin conocer antes a Molière, el primero que toma el pulso a la monarquía; a Voltaire, que es el que la desahucia? *El Tartufo* es antecesor de la *Enciclopedia*.

¿Creéis que nada vale la poesía? En mucho tendría Platón la *Iliada*, puesto que emplea gran parte del libro y el décimo de la *República* en combatir a Homero. ¡Cómo no! ¡si creía que si no le daba combate, se le venía abajo toda la armazón de la República!

Ahora bien; sin filosofía, ¿qué ciencia puede ser sino empírica, imperfecta y grosera? ¿Son otra cosa que empiristas nuestros hombres que se dicen de ciencia, sin pizca de conocimientos literarios, sin esa fineza de tacto, de que habla Cuvier, que guía a las grandes investigaciones?

Las letras son madre de las ciencias. He allí una proposición que no vamos a demostrar nosotros; pero cuyo esclarecimiento encomendamos a la dialéctica sublime de Dupanloup:

“¡Honor a las ciencias! —exclama el Obispo de Orléans, en su discurso de recepción en la Academia Francesa— ¡honor a las escuelas sabias! honor a esos fuertes genios que estudian, con firmeza y con amor, todo lo que Dios ha sometido a las miradas y a las investigaciones del espíritu humano; que se remontan a los más sublimes misterios de la naturaleza, miden la inmensidad de los cielos, erran en sus profundidades, y van allí a buscar y a darle nombre a astros desconocidos; y después descienden hacia el globo que habitamos, penetran hasta sus entrañas, leen como en un libro abierto en lo que tienen de más oculto, sorprendiendo sus tesoros invisibles, y, por cálculos tan atrevidos como

seguros, extienden hacia todos los rumbos el horizonte y el imperio del espíritu humano. ¡Honor a las ciencias!

“Pero que las ciencias me permitan decirlo: honor, ante todo, ¡a las letras! Las ciencias robustecen la fuerza y la riqueza de las naciones, pero esto no sucede sino después de que las letras han iluminado las cimas de la tierra y fecundado los siglos, depositando en el seno de las sociedades el germen poderoso de la civilización, haciendo penetrar la viva luz en las profundidades de la inteligencia humana.

“Así, los grandes siglos científicos fueron casi siempre hijos de los grandes siglos literarios, y el renacimiento de las letras fue la señal constante de los grandes descubrimientos de la ciencia.

“Hoy día, ¿quiénes son los hombres que dan a las ciencias, aquí y en Europa entera, la más ilustre popularidad? No osaré nombrarlos: su presencia, sin embargo, no impedirá que diga que el don singular del talento francés y la gloria singular de este gran Instituto de Francia, estriba en que el genio de las letras estuvo siempre entre nosotros asociado al genio de las ciencias.

“He ahí lo que también expresó Napoleón con su viva y brusca elocuencia: “Amo las ciencias; cada una de ellas es una hermosa aplicación parcial del espíritu humano; *pero las letras, esas son el espíritu humano mismo...*” Y bien, señores, estas admirables palabras no son sino el eco de la voz de la historia, que ha denominado *grandes siglos*, sobreponiéndolos a los demás, a aquellos en que las letras han esparcido una claridad más intensa”.

Es de observar, cómo teniendo en mira los padres de familia, al hacer de su hijo un abogado, convertirle en finca, de modo que rinda los gastos de su educación, algunas veces, y otras, que halle en su profesión los recursos de su vida naturalmente, truenan y le dan por perdido y descañado cuando en él disputa el genio para el cultivo de las letras. Esto da idea de nuestro grado de cultura; semejante pueblo está en un estado lamentable de atraso: académicos de cabeza dura, obtusa, egoísta; he ahí un elemento desgraciado para un país.

No hay hombre de ciencia sin literatura.

El que no siente en su fuerza, ni medianamente, el idioma que habla, no puede dar un paso en el camino de las ciencias. Hombre de ciencia sin conocimientos literarios, quiere decir, mente sin fuerzas creadoras, ese no puede pensar nunca por sí mismo; sigue el camino que le han señalado sus textos escolares, y no es sino un aprendiz de ciencia en mayor escala, eso sí, de como lo es el aprendiz de carpintero.

Nosotros hemos visto cartas ¡qué cartas! de abogados, nada menos. Pase lo de la ortografía, porque en fin esas son cosas que se aprenden de niño y bien pueden quedar para los chicos de la escuela. Pase lo de la ortografía...; éstos hacen de la lengua un solo idiotismo. Pero lo que dicen, lo que piensan, lo que les ha salido del alma!... Pero las ideas, la lógica!... Así, pues, esas largas sentencias que firman, no son sino trabajo material, mecánico; obra de la costumbre, de la práctica, como la del zapatero, el sastre... ¿Cómo puede ser de otro modo si no saben ni los más simples rudimentos de la filosofía del lenguaje? “No leo a Juan Montalvo, porque no le entiendo...” “Ese Víctor Hugo será bueno, pero no le entiendo...” “Castelar es muy empalagoso... y tiene cosas que no le entiendo...” Esto dicen los hombres que han hecho una carrera literaria; y eso tratándose de opúsculos, de discursos, de novelas! Los autores no son los oscuros; lo es el cerebro de esos hombres, simplemente, que no saben dónde está el sujeto, dónde el verbo, dónde los complementos de una frase! El mecanismo de su propio idioma es para ellos laberinto inexplicable. A éstos, en castigo, les pondríamos en las manos esas creaciones inauditas de Víctor Hugo que se titulan: “Ibo”, “Cadáver”, “Lágrimas en la Noche”, “Lo que dice la boca de sombra”, para que se estuvieran estrellando toda la vida contra las puertas, cerradas para ellos, de esos palacios temerosos y encantados de lo sublime.

No lo decimos por todos. Hay homosas excepciones en esto como en todo, por dicha. Contadas, eso sí. Pero ya se deja suponer que esos adelantos de nuestra legislación, ese criterio de muchos de nuestros médicos, ¡Dios nos ampare!, esas investigaciones de nuestros matemáticos y de nuestros historiadores, no es cosa de tomarse en cuenta: éstos hacen su profesión para ganarse la vida, en lo cual no hacen mal; pero la norma del progreso del país, éste no queda muy orgulloso ni muy bien servido. ¿Puede esperarse algo de esa inteligencia que está sorda a los versos de Calderón, o de quien se muere de risa de las gracias del Quijote, cuando el farsante no ha podido llegar al segundo capítulo sin toncar como un bienaventurado; que ha oído los nombres de Homero, Esquilo, Platón, Sófocles, Eurípides, y los repite con elogio, sin saber quienes fueron, ni qué hicieron, ni por qué lo hicieron? Juvenal, Horacio, Propertio, Tácito, Tito Livio, Virgilio y Cicerón... Al menos cuando se estudiaba el latín, algunas nociones estéticas quedaban a favor del estudiante. Las leyes han destacado el estudio del latín, tal vez con razón; pero ese estudio tenía una influencia provechosa que no ha sido respuesta ni en lo que respecta al conocimiento y buen manejo del idioma, ni en lo que hacía en favor del buen gusto, desper-

tando al par aficiones eruditas y amor a las letras y a la filosofía. Esta influencia ejercía el latín cuando era bien estudiado. Desde a fines del siglo pasado, cuando algunos hombres superiores, como Goicoechea y José Cecilio del Valle combatieron el escolasticismo y trataron de extender los estudios experimentales; por esa ley que lleva el impulso hasta más allá del punto que se tiene en mira; el latín empezó a perder sus prestigios; pero con él se perdía, sin que se pensara, la más noble de las aficiones, la de las bellas letras. No era esto lo que se proponían aquellos reformadores. Ellos querían desterrar a Escoto, pero no a Virgilio. El mismo Valle decía a los de la Sociedad Económica: "Sírvanse vuestras Señorías trabajar en el cultivo de los talentos nacientes de la juventud;... sírvanse formar su gusto, porque el gusto es el tacto o instinto del hombre de letras y el primer paso que debe darse para la ilustración; sírvanse fundar una Academia de Bellas Letras, porque las bellas letras son el precursor feliz de las ciencias útiles y el garante más cierto de sus progresos".

Nosotros sabemos que se estudia la Retórica, por donde vienen a saber los estudiantes aquellos de:

Flérida para mi dulce y sabrosa . . . que encuentran de una naturalidad a toda prueba. Aunque maldito lo que les gusta la blasfemia de Ajax, confíansen con particular entusiasmo que es un pensamiento "Destruyémos a todos si te place"

Lope de Vega es para ellos un escritor adocenado, porque ya lo deja entender Hermosilla, y se ríen al solo empezar lo de

Cerca de una isla el mar Tirreno. . .

¿Quién de ellos no sabe lo que es un exordio exabrupto?

"Hasta cuándo, Catalina, abusarás de nuestra paciencia"?

He ahí el ejemplo

Después de un año de estudiar Retórica, tenemos formado un erudito a la violeta, y no de los aventajados.

Ese trabajo de un año, tan inútil, está en pugna con los principios modernos en que se inspiran las leyes de instrucción, y cuatro o cinco obras explicadas sobre el texto, darían más frutos en el año que se destina a la Retórica, aplicando las reglas de la Retórica a esas obras, que todo el farrago de pedantería que en ese año encomiendan a la memoria los estudiosos.

El estudio de la literatura ha formado a los hombres eminentes en

ciencias de cualquier orden, y aquí, más que en otros países, —en lo que sin embargo se estudia cuidadosamente— se hace sentir con su falta una necesidad imperiosa. Aquí no hay teatro permanente, no hay museos, no hay exposiciones artísticas, no hay clubs, donde se despierte la inteligencia como en los centros civilizados; allá el medio ambiente en que está el hombre, digámoslo así, le despierta y le ensancha el espíritu sin que él siquiera lo intente. Estando nosotros en París, tuvimos ocasión de hablar con un oficial de platero, un artesano, un cualquiera. Se llamaba M^r. Lair. Hablamos de literatura; y a propósito de algo, le preguntamos si los franceses tienen por más grande a Voltaire que a Víctor Hugo? Voltaire es grande por la obra que llevó a cabo; *sólo que Víctor Hugo es más profundo.*

¡Esto dijo el platero! ¿Puede emitirse un vasto juicio con más sencillez y delicadeza? Entre nosotros, el que nombra a Voltaire o a Víctor Hugo pasa por pedante. Ya . . . Lo que nos es dable, por la semi-barbarie en que vivimos, suplámoslo en las Universidades, en los Institutos. *Estúdiense con amplitud la literatura Buena falta hace. Ni verdaderos escritores tenemos que sobren, por ese motivo. No hay francés de mediana educación a quien habléis de Racine o de Corneille, que no dé cumplida respuesta a vuestra inquisición, si es inglés, empezando por "to be or not to be" al punto os da cuenta de Shakespeare, con largas recitaciones en apoyo. Si es italiano, no hay para qué decirlo. Los italianos han establecido cátedra especial para el estudio y comprensión de la Divina Comedia.*

Y éstos son los extranjetos, comerciantes, que no son ni doctores, ni quieren pasar por doctos. Ahora, si es doctor, y es alemán, no sólo os emite juicios sobre Goethe y Schiller, sino que os habla de Calderón y de Moreto, pues ha conocido en su tierra el *Alcalde de Zalamea* y *El desdén*, que ellos designan con el nombre de *Doña Diana*. Extranjero, y conoce obras maestras españolas! Vamos donde nuestro médico: diga, pues, ¿qué es éso de *El desdén con el desdén*? Vamos donde el abogado: ¿qué es el *Alcalde de Zalamea*? Y no se diga que es tiempo lo que falta. Nosotros suponemos que Buffón no estaría de balde todo el día. Dicen que los estudios suponen una vida llena de trabajo. Sin embargo, los conocimientos literarios de ese hombre no les van en zaga a su investigaciones científicas. Buffón no es poeta, no es novelista, no es crítico; decimos mal: ¿Cómo podía tener la fuerza de la intuición, el presentimiento de los más recónditos secretos de la naturaleza, sin ese don de doble vista que distingue a los videntes, los poetas? El no escribirá *El Misántropo*; pero El Misántropo le ha comunicado esa lógica que persigue la verdad en las sombras, que adivina, que

presiente lo que no está sujeto a demostración palmaria. Cuvier no era crítico; decimos mal, de nuevo: la crítica es la misma lógica, pura, de suprema eficacia: sin este don maravilloso, el inmortal naturalista no habría podido reconstruir especies enteras de animales que han desaparecido de la faz de la tierra, teniendo como único dato un pedazo de hueso que ha respetado el naufragio de los siglos.

No insistiremos en demostrar la importancia del estudio eficaz de la literatura, nuestro propósito es que nuestros hombres que puedan hacerlo, llenen el vacío inmenso que en nuestras leyes se nota a ese respecto. El año de Retórica que los reglamentos destinan, es tiempo perdido; no solo perdido, perjudicial, porque el estudiante tiene como una de sus mayores aspiraciones entrar al curso en que se estudia la Retórica, creyendo encontrar en ese estudio la llave que conduce al conocimiento de lo bello. Todos esos nombres, Virgilio, Horacio, Cicerón, Calderón, Quevedo, Cervantes, le fascinan: cree que el librito de Nonlaun va a ponerle en contacto con esas grandezas de concepción y de filosofía. Encuentra que todo se reduce a observaciones sobre cosas que no conoce. Todo el espíritu moderno está, a ese respecto, en pugna con lo que entre nosotros se practica. ¡Reglas para hacer buenas epopeyas! . . . y el que aprende esas reglas no conoce epopeya alguna. Reglas para hacer buenos dramas! Y eso, ¿a qué viene? El estudiante no encuentra lo que de lejos halagó tan delicadamente su entusiasmo. O se cree inepto o desprecia ese estudio infructuoso. Estas desilusiones son de más trascendencia de lo que puede creerse.

¿Qué es un cuerpo de reglas? Saquemos consecuencias de estas palabras de Molière: "Sois gente divertida con vuestras reglas con que embarazáis a los ignorantes, aturdiéndonos todos los días. Parece, al oírlos hablar, que estas reglas del arte son los misterios más grandes del mundo; y sin embargo, no son más que algunas cuerdas observaciones que el buen sentido ha hecho sobre lo que pueda acortar el placer que se encuentra en toda clase de composiciones; y el mismo buen sentido que ha hecho antes estas observaciones las hace desembarazadamente todos los días, sin el recurso de Horacio o de Aristóteles". No son las reglas, pues, aunque útiles, lo principal; lo es el asunto de que no son más que sensatas observaciones. No enseñemos, pues, lo accesorio sin enseñar lo principal. Y sinó, apelemos al testimonio de todos los que han estudiado la Retórica; ¿qué les ha quedado de ese fatigante cuerpo de reglas? ¿han ampliado su natural filosofía? ¿se han hallado en mejor disposición para estudiar la historia, la legislación o cualquiera otra ciencia? El buen sentido que se ejerce sobre las obras de arte, éste es el mejor modo de adquirir reglas: formarse gusto. Pero

aprender las reglas y no conocer las obras de cuya observación han nacido esas mismas reglas, a poco de profundizar esto se comprende que es el mayor de los contrasentidos.

En nuestros días todo es práctico en materia de educación.

Si se quiere reportar las ventajas con que la literatura favorece el estudio de las ciencias, es indispensable que los estudiantes conozcan a Cervantes, a Calderón, a Lope de Vega, a Fray Luis de León, a Santa Teresa, a Quevedo, a Hurtado de Mendoza, a Alarcón y a Montalván, de los antiguos, sin exceptuar *El Romancero*, fuente purísima del habla castellana, y de no poca filosofía.

*“Recordad que la justicia
En burlas y en veras fue
Vara tan doble y tan recta
Que non se pudo torcer”.*

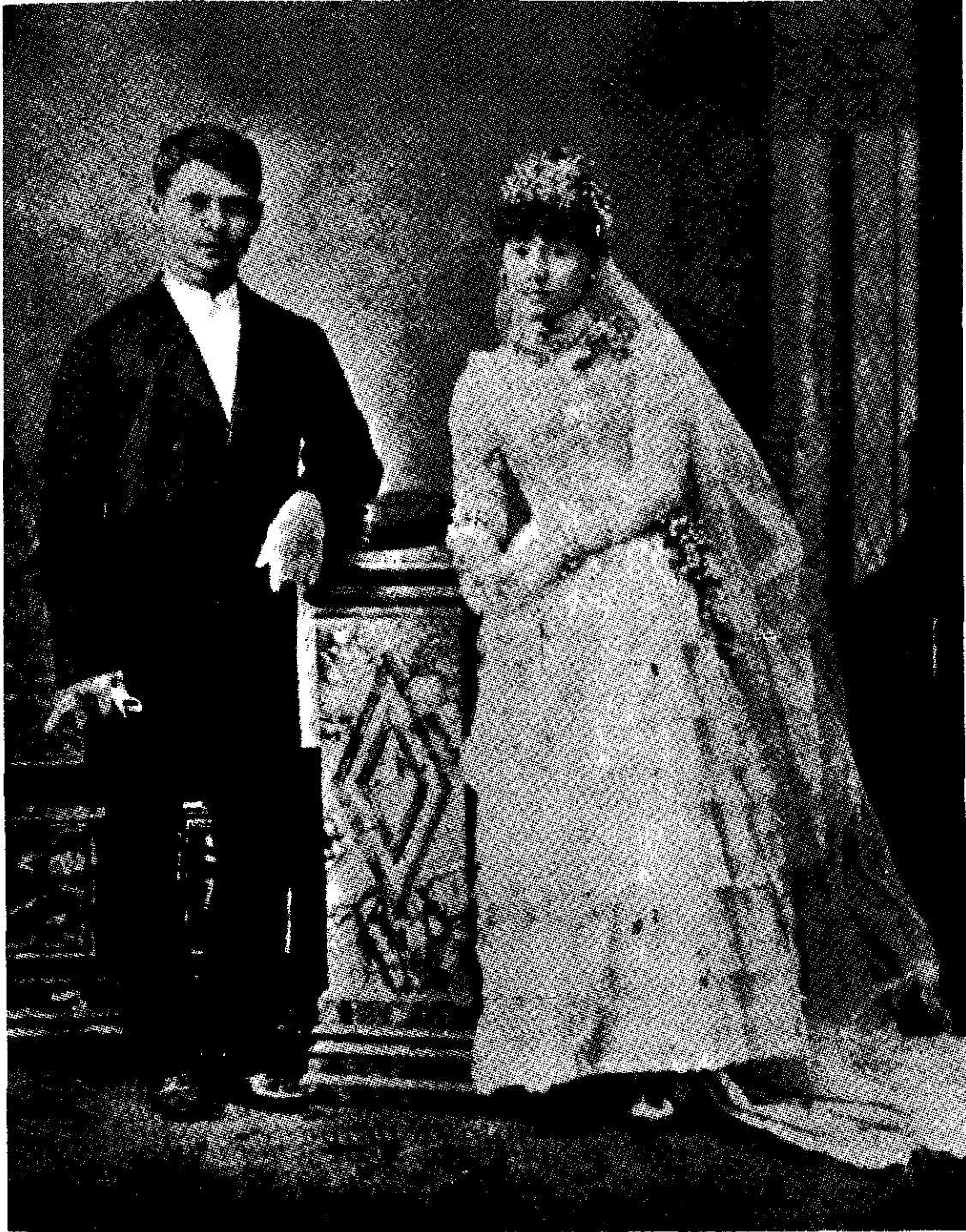
Entre los modernos, Feijoo, Moratín, Meléndez, Jovellanos, Quintana, Larra, Tamayo, López de Ayala, Nuñez de Arce, Campoamor, Castelar. Pues estos últimos, ni por famosos, no son conocidos ni comprendidos por muchos que tal vez no se creyeran.

Y con los castellanos, los principales de América, de Francia, de Alemania, de Inglaterra; y algunos clásicos de que hay buenas traducciones. De este modo, el idioma ganaría lo poco que perdió con la supresión del latín, y mucho más.

Podrían ser consultados los planes de estudio de otras naciones donde está sistemada la manera de hacer esa práctica importante Obras maestras y Retórica, en cuatro o cinco años. He ahí todo.

No lejos de aquí, en California, aun para el estudio de Ingeniería, se exige tres años de literatura.

De ese estudio importante depende, ya no digamos solamente una reforma en el terreno de las ciencias; pero también, lo que no es de menos entidad, nuestra regeneración moral, y, política, sobre todo. Véase, sinó, quiénes se ponen al frente de la política moralizada en todas las naciones. La América Latina tiene el principal elemento de moralidad política en sus hombres de letras. Tanto más alto el ingenio, mayor ejemplo da de poner al servicio de su patria los tesoros de su sensibilidad, educada por el comercio mantenido con lo verdadero y con lo bello.



Gavidia, el día de su casamiento con doña Isabel Bonilla.

LA FORMACION DE UNA FILOSOFIA PROPIA O SEA LATINOAMERICANA

POR FRANCISCO GAVIDIA.

La Filosofía no debe considerarse como esas nubes que se forman y se transforman, sin otra consecuencia para el espectador. “Las Nubes”, famosa comedia de Aristófanes, crítica, por cierto, la falsa filosofía, y si no hubiesen atacado a Sócrates no serían odiosas. La Filosofía al aparecer propuso el estudio de los elementos: el agua, el fuego, la tierra y el aire. *Aristón men hudor* (“Nada hay mejor que el agua”, vale decir, “el agua es el origen de las cosas”) decía Píndaro, que fue partidario de Tales, el que sorprendió la existencia de la electricidad por el frotamiento del ámbar. Así se anunciaban en sus primeros vagidos, la Física y la Química.

Cuando este estudio llevó a los observadores a la noción de las leyes de las cosas, apareció *la cantidad*, en la medida, en el peso, en la fuerza, en la extensión, en la duración, en el movimiento de todos los seres del Universo. Esta nueva Filosofía nos deja, por de pronto, algo

ya vulgar, pero imprescindible, la tabla pitagórica y el teorema de los cuadrados de los lados del triángulo rectángulo, que representados en valores numéricos, iban a ser una de las puertas de las Matemáticas. Ya la cantidad, como ley de las cosas, es algo espiritual y metafísico; pero ella no es todo, como lo pensara el ilustre Campoamor, pues es claro que en la sustancia hay, además, otras cualidades, tales como la forma, las relaciones, el color, y van el bien y el mal, la belleza y lo disforme; el principio que todo lo domina, *el demiurgo*, será la revelación de otra nueva Filosofía, la Filosofía de Anaxágoras. En todo sentido que encaminase su espíritu, el filósofo hallará la verdad. El progreso era, pues, indefinido. La Ciencia, inagotable.

Y, sin embargo, este Dios sólo era un Dios en la Naturaleza.

Peró hacía tiempo que el oráculo de Delfos había escrito en el frontispicio de su templo: *gnothi se autons* "conócete a ti mismo" Sócrates adoptó este lema. No era ese conocimiento el del hombre material que tan maravillosamente había expresado la escultura. El mundo interior del hombre, por explorar, era insondable; pero era tan profundo como rico en hallazgos maravillosos: Platón y Aristóteles en esta exploración hallaron todas las Ciencias: la *lógica*, la *metafísica*, la *elocuencia judicial*, que era entonces la *retórica*, las *leyes* o *ciencia jurídica*, la *ciencia constitucional* o sea *las dos repúblicas*, las *ciencias naturales*, en fin, hasta algunos cimientos de la *poesía* en la *poética* de Aristóteles. Con más amplitud, pero a veces con menos acierto, estas ciencias constituyeron el acervo actual de los conocimientos humanos. Esta correlación de la Filosofía con las adquisiciones científicas, me parece una condición, digamos, un lastre, para que los estudios filosóficos no se conviertan en las ya citadas y fatídicas, ociosas y redundantes *nubes* de Aristófanes.

Si hemos de ser sinceros y valientes, hemos de decir que todos los sistemas modernos, por admirables que sean en su presentación y sus geniales innovaciones son la misma *Filosofía griega*. Hasta en lo más audaz de la mecánica moderna quién no sabe que inventos como la radiotelefonía y el fonógrafo tienen su base en las leyes de las vibraciones en que está fundada la *escala musical la cual no es otra que la graduación que impide la confusión de las transmisiones en las estaciones de radio*.

Al llegar aquí debemos tener presente que los antiguos formaron su juicio sobre todas las cosas, según la impresión que producen a primera vista. Su metafísica fue, como hasta hoy día, un festín celeste, y su inmortalidad las mismas leyes físicas y fisiológicas terrestres en

una región en que esas leyes ya no rigen. Pero de entonces acá, la instrucción más elemental conoce la ciencia de las cosas; *la tierra no es inmóvil; el firmamento no existe; todo se mueve no en una sino en varias trayectorias; nuestra visión de las cosas es la que quiere el espíritu, que en la evolución natural se han formado los órganos de percepción que son adecuados, como el observador sus lentes y microscopios, balanzas, micrófonos, etc.* Por lo que hace a la materia inmediata, sus simples son muy conocidos: estos siempre tienden a transmutarse en la ciencia, en el uno sólo, *hidrógeno*. Los iones, los electrones y los positivos alrededor de que giran, tienden también a transmutar la materia en simple *fuerza*. La fuerza! Pero la fuerza, como cantidad, como el espacio, como el tiempo, como la atracción, como el movimiento que todo lo explican, son inexplicables ellos mismos.

¿Son atributo de qué ser? Un sentimiento religioso se apodera del filósofo y sólo los grandiosos símbolos de la *poesía* prestan un firme asidero y punto de reposo a las ya fatigadas alas del espíritu humano.

Queda, pues, establecido, que la Filosofía, hoy día debe empezar en las conclusiones que la Ciencia ha declarado firmes. De este modo el mundo del espíritu está abierto a las aspiraciones del ser, ente atribulado, a quien llamamos *hombre*: allí, a la falta de las formas del mundo material que la misma ciencia ha desvanecido, aparecen las de otro mundo, pero más durables, de los símbolos de sus propias ideas. Las Bellas Artes le ofrecen la plástica en que se modela su sensibilidad. Las ciencias morales y políticas le dan máximas y leyes que resuelven las antinomias que le ofrece el mundo externo. Las Ciencias Naturales y la mecánica le entregan la creación como una hermosa esclava; y la poesía, en la epopeya, en el drama, en la lírica, le ofrece uno y otro mundo, el espiritual y el material, en símbolos imperecederos, que contienen esas razones evidentes, y esas aspiraciones eternas, que son para él un título a la inmortalidad y un derecho para el conocimiento de Dios, supremo Bien, suprema Belleza, suprema Verdad.

Detengámonos más en el objeto de esta ciencia, que es el hombre mismo. Hecho el resumen de todos los esfuerzos de la Filosofía, primero por Aristóteles, y después por los escolásticos y los modernos, se ha obtenido este resultado: que el hombre tiene tres facultades: *el entendimiento; el sentimiento; y la voluntad*. La edad Media contaba tres potencias: *memoria; entendimiento; y voluntad*. Claro es que ese encasillado tiene su objeto. En la Edad Media la memoria daba la premisa. Por ejemplo: el Profeta Samuel ungió rey a Saúl, a nombre de Dios.

El entendimiento entonces formaba los silogismos; luego se debe ungar a los reyes; luego mandan a nombre de Dios; luego son de poder divino; etc., etc., etc.

La Filosofía moderna ha puesto en primer lugar el *entendimiento*. El es una antorcha; debe pues, alumbrar el camino. ¿Está en él todo el hombre? Yo hablé de esto en el curso breve que dicté en esta Universidad. Permitidme resumir nuestra discusión en aquel tiempo:

Los pueblos, dijimos, tienen un período prehistórico, en que están lejos de usar los silogismos. A estos hombres de la edad de piedra debemos el trigo y el ganado, que se hallan en los *kiokenmodinguen* o comidas que se encuentran en las grutas y entierros prehistóricos, o esculpidos en los grabados rupestres. ¿Qué facultad se aplicó en la cultura del trigo? Era algo como la *adivinación* primitiva; algo como la *subconciencia* moderna. Llamémosla provisionalmente *la apercepción*.

Pero controlémosla por los métodos de observación modernos. Los de la evolución creadora decían: "Para nadar, echaise a nadar". No era eso, sino "Echarse a volar". Eso hizo Santos Dumont. ¿Cuánto tiene nuestra Centio América en productos precolombinos, inscripciones, ornamentación y ciencias verdaderas que no menciona el texto de Filosofía?

Pues también, antes que el silogismo y los diálogos de Platón existían los *poemas de Homero*. Son las abstracciones de todo el mundo representado en acción, en una figuración ideal, que permite estudiarlo sin temor de persecuciones religiosas, políticas, sociales ni de ninguna otra clase. El gran Platón, orgulloso de sus métodos, desterró a Homero de su República. La posteridad ha hecho justicia. ¿Con qué facultad son edificados aquellos grandes poemas? A fin de estar a tono con la ciencia, llamemos a esa facultad, *la abstracción*.

Los sentimientos son los efectos de orden moral: amor de familia; amor patrio, etc. Acepto esta definición jurídica; *la sensación*, concierne a lo fisiológico. *La sensibilidad* concierne a la estética, sea personal, sea en las Bellas Artes. Esta lucha con la imaginación ejerce sus dominios en el mismo imperio. Pero son cuatro facultades distintas. La facultad de operar con el cálculo, procede por ecuaciones e igualdades y por complejos aumentos y disminuciones: mientras que el entendimiento procede por el género, la especie y el individuo. La facultad del cálculo se llamará *la matemática*. La daremos, de nuevo, alto puesto a *la memoria*. *El entendimiento*, si somos reflexivos, se dividirá en *de-*

ductivo para las ciencias a “*priori*, e *inductivo* para las ciencias de la *investigación, honra de nuestro tiempo*. Permanecerá *la voluntad* como la facultad en que descansa el mundo moral. No temo haber dejado confusiones o prolijidades, porque ¿no es mucho peor que la Edad Media no haya conocido *la inducción* que ha creado la ciencia moderna, por exceso de sintetismo? En fin, ya estudiadas estas facultades, por decirlo así, fortalecidos, abriremos la puerta al progreso, a la verdad, al bien, a la belleza, con aquella facultad que asistía al creador de la epopeya, cuando invocaba a un poder desconocido, pero amable. Sea la Musa de Homero que también la llama Thea, sea la oración de las religiones, sean las visiones de Santa Rosa de Lima o de la escritora mística de Avila, sea en fin la hipótesis con que se abren paso los inventores científicos, es indudable que el alma humana necesita la facultad de la invocación. ¿Pero nos darán el derecho a los poetas de usar, el pleno tecnicismo, de esta misteriosa palabra?

Debemos, en conclusión, considerar el porqué se dice que hay filosofía francesa, escocesa, inglesa, o alemana. Una es la verdad, pero sus aplicaciones tienen relación con el objeto a que se aplican. La libertad que usa un periodista se ejerce en las industrias de modo diverso. El pueblo que tiene filosofía propia, ha visto en la gran legislación del espíritu cuanto le conviene: unos han aconsejado imitar la evolución natural, porque son poderosos y rinden parias a la ley de la fuerza; otros han proclamado los principios más altos del espíritu porque ellos informan su gloriosa historia; otros han enriquecido al individuo con ambas concepciones escondiéndose, como el buzo en la escafandra, en un tecnicismo difícil, para no luchar de frente, con instituciones antiguas y poderosas. ¿Qué hará, pues, nuestra joven América? ¿Qué razón de ser tiene y cómo sería aplicada la filosofía latinoamericana que hemos procurado antes dejar esbozada? Nosotros necesitamos darle valor a nuestra herencia. Hay una ciencia en Centro América admirable. La ciencia del tiempo; la cronología, ¿Qué son esos meses que usamos de 28, 29, 30 y 31 días? Las doce lunaciones indias son los verdaderos meses griegos, los meses adoptados por la Iglesia. El sol llega al punto de partida cinco días después de la luna. Esto hace los 365 días del año. Pero ¿por qué un año de 366 días? Luego a los años anteriores han faltado seis horas? La estrella Venus corrige estas fracciones, formando período de cinco revoluciones aynodales suyas, equivalentes a ocho años solares. Así la medición del tiempo que tiene por cronómetro a los mismos astros, es más económica, financieramente hablando, que cualquiera división arbitraria. Sin una palabra de protesta hemos dejado desplazar el cacao, trasplante del Soconusco, can-

tado por Moratín; la giana y el añil, afrentados por las innobles anilinas; y el bálsamo se ha defendido por su exclusiva producción en la costa de su nombre. Una filosofía que diese valor a la *apercepción* habría inspirado profetas al dogmatizado agricultor. ¿Hoy mismo no se le ocurre a sus 80 años (él nos prometió llegar a los 150) cuando está nombrando heredero por concurso, en vez de buscar la comunicación que también ofreció, de ultratumba, por medio de las vibraciones radiotelefónicas, no se le ocurre la fabricación sintética del caucho, que tendría el acabado de las anilinas, al millonario inventor Mr. Edison, quitando el pan de la boca a los dogmatizados americanos? Yo admito su mecánica; pero la escala musical, que nos dio tiempo, las leyes de las vibraciones, y que es lo admirable y sublime, en esos inventos, ya se dijo antes que es una gloria de los griegos.

La América debe reflejarse en el poema, en la epopeya, en el teatro; pues cultivan la abstracción. Tenemos un bello alfabeto que no se pronuncia; pues debe hablarse como se escribe para que después se escriba como se habla; es decir, con buena ortografía. Debemos reconquistar los pneumas o espíritus que obligan a reponer al que habla el aire que robamos a los pulmones en sus funciones vitales. El cine parlante, que puede llegar a ser un teatro de veras, los textos científicos, los cables, exigen desescombrar el romanticismo con su idioma universal que es una joya para todos los pueblos civilizados. Las matemáticas y la mecánica dan el poder a dos o tres naciones. Antes el Gran Geómetra del Universo tenía en la mano un triángulo. Hoy que el espacio es incurso el Demiúrgos sostiene una esfera. Ella es la unidad: su radio a las 10.000.000ª nos da los logaritmos: hechos diámetros contra-opuestos, nos da las coordenadas con los senos por abcisas y los cosenos por ordenadas. Sería tarea muy larga descomponer la esfera; pero es muy sencillo y claro y sólo así dotaremos al pueblo de la mecánica que es la llave de su engrandecimiento. También le daría al hombre de Latino América las 3,000 palabras que Oxford exige que sepan sus titulados. Señores, la democracia ha revestido en la historia diversos grados de adelanto. Las hubo ignorantes y despreciables como Beocia. Pero la democracia que ha vencido a todas las monarquías y educado a los pueblos, es la democracia de Pericles. Este antecedente es de capital importancia para la filosofía de la América Latina.

Tampoco cerraremos este asunto, sin coronarlo con su unidad, que es la idea del *Ser Supremo*. La mano del escultor, del pintor y del músico, tiene así como la impresión del dolor o del placer, en su caso, la sensación de las nobles emociones de que esas bellas artes y el artista la hacen intermedio y agente adiestrado y prodigioso; pero ella, esa

mano maravillosa, completa su sentimiento y su vida, y adquiere la plenitud de la conciencia, cuando unida, como parte de un todo, el alma del artista, goza esas altas emociones que no puede experimentar por sí sola. Digamos, modestamente, que la humanidad, que el hombre, individualmente, es la mano de Dios sobre la tierra.

1931.

